

NO COMETER ACTOS IMPUROS*

R.P. DR. CORNELIO FABRO

El sexto mandamiento está anclado, al igual que los precedentes, sobre la *justicia*, que es el fundamento del vivir humano según la razón. En este mandamiento incluso pareciera que la justicia asume una plenitud de formas y una intimidad espiritual que los otros mandamientos preparan y bajo otros aspectos suponen y despliegan, puesto que es en la práctica de la castidad cristiana que el hombre se puede dirigir con amor filial a Dios, obtiene una comprensión superior del prójimo, y se mira con dignidad a sí mismo. Si los otros mandamientos hacia el prójimo alcanzan una esfera particular de deberes, el sexto mandamiento recuerda a nuestro orgullo, tal vez más que todos los otros, la miseria sin límite de un espíritu herido que vive dentro de un cuerpo asaltado sin descanso por las llamas de la concupiscencia. Sólo la teología abre un tenue resplandor sobre esta herida profunda e inexplicable, con el dogma del pecado original, y la llama con San Pablo el “incentivo¹ del pecado”.

Dios había creado al hombre íntegro en la armonía de los sentidos y en la plena posesión de su espíritu, dotado de vida inmortal y revestido de gracia: el vestido luminoso e incorruptible de la inocencia mantenía a Adán y Eva en pureza virginal bajo la mirada de Dios. Pero ellos desobedecieron y, vueltos rebeldes a Dios, sintieron inmediatamente en sí la pena de la rebelión del sentido y corrieron al vano reparo de las hojas, vana se tornó la vida que tuvo fatigas, llanto y muerte y el destino de las hojas que el viento arrebató y amontónó en el barro.

La herida de la concupiscencia no se quita ni siquiera con el Bautismo que nos da la gracia, ella queda en el alma como el signo de una libertad que ha fallado a la cita con el Absoluto. Es a partir de este punto humillante y doloroso que para la mayor parte de los hombres se inicia la reflexión sobre la existencia, es doctrina de Santo Tomás el que “la infección de la

* Tomado de C. FABRO, *Momenti dello spirito*, II, Assisi 1983, 219-223 pág. Estas reflexiones fueron escritas originalmente en 1953.

¹ En el original *fomite* [N. del T.].

DIÁLOGO

culpa original aparece especialmente en los movimientos de la pasión impura, los cuales no están sujetos a la razón”².

He aquí la primera burla y la primera bofetada de Satanás, envidioso de la belleza que resplandecía en el primer hombre: la concupiscencia es la infección congénita que turba y sacude no sólo el organismo psico-físico sino también el entero ámbito de la conciencia con aquellos cimbronazos y oscilaciones pavorosas que hacen gemir a los santos y enloquecer a los pecadores.

La segunda bofetada, y tal vez la más peligrosa, es aquella que el hombre se da a sí mismo cuando se deja estrechar gradualmente por la seducción sutil y constante, por las impresiones sensuales, por los afectos prohibidos, por las complacencias lascivas, por las imaginaciones turbias que exigen la satisfacción de los sentidos. No hay sendero de la vida que no tenga sus lazos, ni manifestaciones del espíritu –desde el arte hasta la mística (o más bien la pseudo-mística)- que no tengan al acecho el demonio del mediodía: no hay edad ni condición social que dé la incolumidad ante la mordedura de esta serpiente.

La tercera bofetada proviene del ambiente social. Los excesos de las pasiones juveniles, la infracción del vínculo conyugal, las mismas degeneraciones más inconfesables no son una invención moderna. En efecto, leemos en la Sagrada Escritura que Dios se arrepintió de haber creado al hombre, porque la carne había corrompido todos sus caminos (Gen 6,12); por esto desencadenó el diluvio y sumergió en una lluvia de azufre y fuego a Sodoma y Gomorra. No obstante, hubo también en el paganismo épocas de sanas costumbres –como aún hoy las encontramos en los pueblos más primitivos-, y además incluso en medio de tantos excesos había espíritus rectos que tenían la mirada dirigida a lo alto; San Agustín alaba a los antiguos filósofos, quienes, con riesgo de la propia vida, desaprobaban las indecentes mitologías dirigiendo el ánimo al único Dios verdadero, padre de los hombres y espíritu purísimo³.

Mas hoy esta aristocracia del espíritu se torna cada vez más rara, los enormes progresos de la técnica eliminan con las distancias materiales y sociales también aquellas espirituales, y por primera vez en la historia de la

² S. Th. I-II, 82, 4, ad 3.

³ *De civitate Dei*, II, 7.

NO COMETER ACTOS IMPUROS

humanidad las masas se presentan notoriamente como factor decisivo. Y detrás de la masa, en la multitud anónima, cada uno puede esconderse y difícilmente puede liberarse. Más que de la opinión pública en la cultura y en la política, es preciso temer la opinión pública en el campo de las costumbres: conciencias que se baten – o dicen batirse - hasta lo último por convicciones culturales o políticas opuestas, luego en la vida privada siguen los mismos cánones del más sucio hedonismo. Es el tejido más delicado de la vida humana que aquí queda dañado, aquello de lo cual el Estado y la familia son los primeros responsables y no se diga que la primera culpa debe ser atribuida a la prensa, al cine, a la radio ni [...] a la televisión. El Estado tiene el deber de la vigilancia sobre cuanto se ofrece al público, y la ley defendiendo la buena costumbre cívica, basta aplicarla sin temores ni fingimientos. Pero ninguno está obligado a comprar periódicos, revistas o novelas, ni a ir al cine, ni encender la radio. Es inútil por tanto imprecuar a los tiempos, cada uno es responsable de aquello que lleva a la balanza.

El hábil empresario y el opulento productor conocen su público y lo espollean como a una bestia, lo estafan quitándole una fortuna, mientras le sirven el heno de tramas y escenas perversas que se contradicen con los principios más elementales de la costumbre y la dignidad cristiana. Pero no se puede uno esconder en el público, ya que el público en la vida del cristiano no existe, estamos yo, tú, está cada uno de nosotros, y cada padre es responsable de aquello que ven, sienten y leen los propios hijos. La obra del sacerdote y del educador debe necesariamente fracasar o reducirse a proteger pocas almas elegidas, cuando fuera de la Iglesia delira sin ningún control la confusión de los sentidos.

Ilustres familias y pueblos enteros han desaparecido, y otros están en trance de desaparecer, porque el vicio ha arruinado la linfa vital. La misma institución del matrimonio, elevada por Cristo a la dignidad de sacramento, parece que no logra más frenar el cálculo del placer prohibido. Los esposos no saben más encontrar en el prodigio de un nuevo ser, en la sonrisa de los propios niños, en el palpar generoso de la propia sangre renovada, la alegría y la razón principal de la propia unión.

En toda esta ardua y humillante materia se halla de pie la Iglesia con sus maternas exhortaciones y con la eficacia de sus medios de santificación. La disciplina exterior debe estar sostenida con la elevación de la vida interior. Por esto la Iglesia recuerda al hombre el haber sido creado a imagen de Dios y elevado mediante el Bautismo a la dignidad de hijo

DIÁLOGO

adoptivo, de modo que según la enseñanza de San Pablo el cuerpo mismo se vuelve templo vivo de la divinidad y habitación del Espíritu Divino. En consecuencia, nadie, casado o célibe, puede abusar del cuerpo propio o del ajeno bajo ningún pretexto y de ningún modo, ya que nuestro cuerpo es elemento de nuestra personalidad y está unido en el destino final de gozo o de tormento con la suerte final del alma. El cristiano de hoy debe defender palmo a palmo su fe, debe atrincherarse intransigente detrás de los bastiones de la fe y dispersar los sofismas que lo quieren confundir.

El catolicismo en conformidad con el Evangelio exalta y recomienda la castidad perfecta, pero bendice también – como hizo Jesús en Caná – el matrimonio para que sea santo también él, y brinde a la Iglesia en el temor de Dios nuevos hijos. Pero antes del matrimonio y fuera del matrimonio, nada se consiente a nadie en esta materia. El cristiano, no obstante, en esta lucha no está solo, tiene de su parte la misma omnipotencia divina.

Contra los estímulos de la naturaleza corrompida la Iglesia aconseja el ejercicio de la oración y la práctica frecuente de los sacramentos, ellos son los contrafuertes de la defensa espiritual, pero sobre todo son las fuentes de energía sobrenatural para la lucha contra las provocaciones de la carne. La oración, según la piedad católica, no debe ser un mero convencionalismo de fórmulas hechas, santurronería o superstición, sino ferviente y humilde imploración al Padre celestial con la mediación de su divino Hijo Jesucristo, y con la intercesión de su purísima Madre, la Virgen María. Pero a la oración la piedad católica une como medio indispensable la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, que nos renuevan en el interior y nos comunican la Sangre de Cristo.

Ningún medio supera la eficacia de estos sacramentos que tienen el misterioso poder de sosegar la carne y encender el espíritu en confidente alegría.

Finalmente, como medio de desinfección espiritual contra los efluvios de una civilización en putrefacción, la Iglesia propone a sus hijos el recuerdo de las verdades inmutables de nuestro último destino: la muerte, el juicio, el infierno y el paraíso. Es necesario ser inmensamente necios y extremadamente perversos para no sentir el escalofrío de la incógnita de este anochecer, se puede decir que el pulso de la vida espiritual - tanto en cada individuo como en una época – depende del modo como se siente el ritmo del tiempo y del acercarse de la muerte. Para cada uno de nosotros ella es el espejo que nos refleja en la eternidad. Quien piensa realmente en

NO COMETER ACTOS IMPUROS

la muerte frente a Dios, no puede bromear con la vida; no puede entregarse a la carne y divertirse alborozado en el “momento”, cuando la eternidad está siempre a la expectativa. El temor que hoy los hombres tienen de la muerte es de naturaleza pánica, animal, no cristiana, se teme el fin del tiempo, no aquello que luego se espera; porque no se cree más verdaderamente en Dios, no se piensa en la muerte. Y el látigo del pensamiento de la hermana muerte y del juicio de Dios nos vale la paz más sabrosa y la victoria más gozosa de esta triste existencia. No hay duda que la práctica de la castidad está entre las cosas más arduas, y la lucha más generosa no está exenta de caídas y heridas, y exige una particular asistencia divina. Pero el precepto de la castidad no cambia y se yergue frente a los siglos como la medida de la vocación divina ofrecida al hombre. Y con todo, por una extraña paradoja, la sugestión del mal puede volverse mínima y desaparecer completamente incluso por un largo tiempo, cuando una grande y noble pasión se posesiona del alma. La dedicación absoluta a la propia misión científica, religiosa o social, un afecto puro y sublime, el mismo genuino y bien entendido orgullo humano de no querer desaparecer como polvo, logran recrear en muchas conciencias el éter puro de la vida del Paraíso.

Nada vale aquí abajo tanto como el encanto de una adolescencia intacta y una virilidad casta y el hombre que de este modo se acerca a Dios gusta el sabor escondido de las cosas divinas y gravita por un dulcísimo peso en la esfera de la infinita luz que sólo Él aquí abajo tiene el don de comunicar a cuantos se atormentan en el fondo del valle.

De esta manera el sexto mandamiento, “no cometer actos impuros”, mientras por un lado tanto nos humilla en el temor saludable de nuestra fragilidad, contiene sin embargo la más audaz promesa y el regocijo de la alegría esencial que Cristo anunció en el Monte de las Bienaventuranzas: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.*

Traducción: P. Ricardo Clarey, I.V.E.